

creer, no mira más allá de sus libros, de su pipa o del presunto gozo de la infancia. La «plata de los días» es, en fin, la ilusión de que esto es todo y está bien: «filosofía» para pequeños burgueses que no quieren saber nada de problemas o dolores auténticos.

Madrid

SALUSTIANO MARTÍN

Ramón del Valle-Inclán. *Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte*. Edición crítica de Jesús Rubio Jiménez. Madrid, Espasa Calpe, 1996, 493 pp.

Tan afectado y decepcionado se sintió Valle-Inclán por su marginación como autor y por la escasa e inadecuada interpretación de sus obras las pocas veces que fueron representadas que, en una entrevista de 1927, se negaba a ser considerado «autor dramático», afirmando publicar siempre sus «obras en diálogo, con acotaciones que bastasen a explicarlas por la lectura, sin intervención de histriones», refiriéndose a sus obras ya estrenadas como «lamentable accidente».

En realidad, Valle-Inclán, que a lo largo de su trayectoria como autor dramático, había rechazado los postulados del teatro comercial y participado en los ensayos e iniciativas renovadoras de su tiempo, siempre había aspirado a llevar sus obras a la escena, sabía que el destino final de la escritura dramática es la representación. Hasta que, frustrado todo intento y juzgado su teatro como «irrepresentable» (ni *Sacrificio* ni *La rosa de papel*, que forman parte del presente volumen, pasaron a la escena en vida de Valle, y las otras tuvieron estrenos difíciles, desiguales, escasos), concluyó atrincherado en el inaccesible escenario de su escritura dramática, desde la que cuestionó las propuestas, métodos y sistemas de producción teatral de su tiempo.

Esa actitud extrema no excluía, como en su tiempo pensaron muchos, la posibilidad del espectáculo teatral, ni mucho menos implicaba que su teatro fuera «irrepresentable», sino que, como el tiempo ha venido a mostrar (y como le sucedió, por ejemplo, a Cervantes con sus *Entremeses*), su propuesta era demasiado avanzada para su época, un auténtico reto que sus contemporáneos no pudieron asumir, y cuyo mensaje y legado era reservado a futuras generaciones.

En el excelente estudio que introduce la presente edición del *Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte*, Jesús Rubio Jiménez explora con éxito la paradoja de Valle-Inclán, desde su afirmación extrema, como hombre de teatro, de que «todo el teatro es creación plástica», y que «la literatura es secundaria» hasta su concepción de la lectura del texto teatral como «visión de un teatro ideal, de un escenario ideal», con referencia, especialmente, a la lectura de sus propias obras. Valle-Inclán, señala Jesús Rubio, «acaba por refugiarse donde antaño se refugiaban

los escritores simbolistas, en un teatro ideal, en una escritura dramática que reclama la colaboración del lector para poder desplegar toda su capacidad sugestiva».

Similar paradoja, podríamos añadir, en la que incurriría otro noventa-yochista, Antonio Machado, quien, después de haber insistido en la oralidad de la poesía española desde el romancero, afirmada en su propia poesía, tuvo que contradecirse («la mayor tortura a que se me puede someter es la de escuchar mis versos recitados por otros» y «mis versos no están hechos para recitados, sino para que las palabras creen representaciones») para que no se la siguieran destruyendo los recitadores, rapsodas e histriones del teatro español de su época.

Jesús Rubio advierte sobre la lectura parcial, tendenciosa o sesgada del teatro del Valle y, particularmente, sobre el prejuicio del esperpentismo, el uso y mal uso del término por la crítica cultural antifranquista en los años de la dictadura, situando el esperpento en sus justos términos, como una de las etapas creativas de Valle (las cuales justifica, principalmente, en su utilidad pedagógica), pero subrayando la unidad sustancial de toda su trayectoria literaria.

Rubio decodifica la «formulación simbolista sobre la que opera Valle», explotando la aventura estética del autor hasta incorporar cinco de sus obras (*Ligazón*, *La rosa de papel*, *El embrujado*, *La cabeza del bautista* y *Sacrilegio*), en un mismo libro y bajo un mismo título: *Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte* (Madrid, Imprenta Rivadeneyra, volumen IV de su Opera Omnia, 1927).

Para Jesús Rubio, el término «retablo», y la tradición que lo avala, permiten explicar múltiples aspectos de estas obras, desde la organización general y la disposición simétrica de los títulos hasta aspectos muy concretos y definitivos de los textos. Valle propone un acercamiento de retablo en la lectura, una actitud de *ver* y no sólo *leer*, una propuesta de estirpe simbolista, que asume gran fuerza plástica y conlleva una nueva teatralización, situando a su autor, fuera del estrecho marco del teatro español de su época, en la corriente de renovación e innovación que caracterizan el movimiento teatral europeo de su tiempo. Destacando la importancia de la visión plástica de Valle, y en particular su propósito de objetivar plásticamente en estas obras las ideas y asuntos que más le preocupaban, traza Rubio las «comunes coordenadas estéticas» y la «similitud de planteamientos compositivos» con el simbolismo español en las artes plásticas, especialmente con pintores como Romero de Torres y Sorolla, y con el gran escultor simbolista Julio Antonio, artistas que, en sus retablos pictóricos y escultóricos, supieron trascender el costumbrismo, regionalismo y casticismo, trascender lo inmediato, para ahondar en la interioridad anímica, y vislumbrar en la vida, en las cosas, lo esencial, lo universal y permanente.

Publicadas las cinco piezas antes de su incorporación al *Retablo* en distintos momentos y por separado (*Sacrilegio* sólo unos días antes de

salir en el libro, en cinco entregas de *Heraldo de Madrid*, y la más temprana *El embrujado*, en 1913), Jesús Rubio determina la génesis y proceso de escritura de cada una de ellas, las primeras y posteriores ediciones, sus estrenos y la suerte que corrieron hasta su destino común en un mismo libro y bajo un mismo título.

La bibliografía tanto de ediciones sueltas y de conjunto como de los estudios específicos para cada obra y agrupadas (incluyendo artículos y reseñas de la prensa periódica) es extensa, orientativa y suficiente. Pero, sobre todo, es muy digno de señalar la labor de la anotación (de enorme complejidad y dificultad por la enorme variedad de registros que presenta la escritura de Valle), que ha sido espléndidamente resuelta con todo tipo de aclaraciones (lingüísticas, culturales, temáticas) que orientan y guían la lectura, facilitando la comprensión e interpretación de textos.

En conclusión, este nuevo volumen del *Retablo*, que ahora publica Espasa Calpe en su renovada colección de Clásicos Castellanos, ofrece una edición verdaderamente modélica entre las de su género, y que ha de resultar muy útil y valiosa para todo tipo de lectores: estudiantes y estudiosos de Valle, amantes del teatro y eruditos.

Mount Holyoke College

ALBERTO CASTILLA